

## Fundamentalismo islámico

PEDRO FERNAUD

El magma islámico se mueve estremecido desde el Atlántico hasta el Indico. No se trata de angustiarse históricamente, sino de hacerse cargo responsablemente de los perfiles efectivos del problema. El fundamentalismo es una afirmación de creencia en las escrituras originales de la fe —la Biblia en el cristianismo, el Corán en el Islam—, una reacción cultural contra la moderni-

dad, y un intento de reafirmar las formas tradicionales de la vida, especialmente en el ámbito familiar.

Islam es una religión que se presta al fundamentalismo mejor que la mayoría de las demás confesiones, ya que no establece distinciones entre lo teocrático y lo político, lo económico y lo moral. Todo ello se entrelaza en el principio único regido por la palabra, la escritura sagrada del Corán. Los clér-

gos musulmanes son los encargados de interpretar el texto y ellos asumen el derecho de establecer asimismo la reglas políticas. Mahoma no recomendó a sus seguidores, como hizo Jesús con los suyos, que dieran al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. La consecuencia histórica de esta distinción ha sido la separación entre la Iglesia y el Estado en el mundo moderno de raíces cristianas.

## Quesada



## Entre paréntesis

### El rey del tiempo

LUIS MEANA

53,040 es ya el número mágico, como lo fue, una vez, el siete pitagórico. La velocidad de pedal de este nuevo Aquiles, monstruo con pies que vuelan como alas. 53,040 es el número mágico que hace que todos quieran hoy ser Indurain, porque, en comparación con él, el resto de los mortales son reyes, magnates, sabios o plutarcas, o sea carne mortal bañada en oro macizo de dieciocho quilates, pero ganga humana al fin y al cabo, pues el príncipe del mundo es hoy solamente uno: Miguel Indurain, símbolo de la eterna esperanza en el superhombre. Contra lo que pueda pensarse, la fascinación del récord de la hora está más en lo mítico que en lo deportivo: sobre ese pulido parque de la nada que es siempre el velódromo, metáfora perfecta de nuestro sinsentido, del eterno retorno de lo mismo, Indurain es el hombre que, impulsado por una fuerza visiblemente sobrehumana, a la que el vistoso complemento de la tecnología le añade además el aura de la fuerza de la sobre-fuerza, desafía a Cronos, al dios del tiempo. El récord de la hora no es precisamente más que la hora de duración de un sueño: el sueño de que exista un hombre-bomba capaz de adelantarse a las manecillas del tiempo, capaz de ponerse, como la tortuga, por delante del tiempo y que éste ya no le coja nunca, capaz, como Alicia, de ponerse al otro lado del espe-

jo y demostrarnos, así, que es posible escapar al tic-tac demoledor del tiempo. El drama del hombre es que, sintiéndose el ser más inteligente de la creación, tiene menos perdurabilidad y consistencia que astros, cielos, piedras, árboles y seres inferiores. El hombre lleva toda su historia intentando librarse de esa aporía. Y la velocidad suele ser el elemento. Cuando Indurain corre contra la hora, en el velódromo, se eleva entre el rugido de la pasión y los ánimos del triunfo, el sueño mítico de un ser prometeico capaz de liberar a la humanidad de esa férrea cadena. El velódromo es la lucha del hombre contra el dictado casi absoluto de la circunferencia, símbolo de nuestra vuelta eterna al mismo punto de origen y al mismo sinsentido. Durante una hora, un hombre recorre la pista de la existencia humana y redesperta el sueño de que podremos entrar, superhombres por fin, en la dimensión de lo imperecedero: eternidad en la que habitan los dioses y los astros. Al final queda el récord: prueba de la superpotencia del héroe, pero simultáneamente prueba de la más implacable derrota: la confirmación de nuestra rápida caducidad y de nuestra sumisión al tiempo. El récord es sólo la ganga, bañada en oro y diamantes, que nosotros mismos le donamos al héroe para que nos sirva de engaño y de consuelo.

## Hablemos del amor

CARLOS GALLEGO

Nos matan turistas en Marruecos y deshonran a Indurain en Francia. Por si no fuera poco con los problemas que tenemos en casa... Los vecinos del piso de arriba y los del de abajo siempre han mantenido, desde siglos, una conducta más bien hostil hacia nosotros, que se me antoja como esa codiciosa apetencia —tan típica en las familias numerosas— por tirar tabiques e invadir, si pudieran, la salita de sus contiguos. Emparedados entre el fundamentalismo islámico (que avanza velozmente), y el miserable chauvinismo francés (cada vez más aguijoneante y selectivo) lo mejor sería mudarnos a la Conchinchina o debajo de un puente. Con tal de no soportar ni un

minuto más a tan repudiable tropa. Pero yo, de lo que les quería hablar es de este verano anómalo, sorprendente y oficiosamente concluido, al que bien le podría poner letra el «Dúo Dinámico» o «Los Brincos», tan acostumbrados ellos «in illo tempore» a componer canciones de amor estivales, en las que uno partía siempre con el convencimiento de saber que entre sus brazos tuvo la dicha, para preguntarse posteriormente y a lo largo del tedioso invierno, si aquello fue o no amor en realidad. Levantó velas Rubalcaba, alzó el vuelo Vargas. Marchó, en fin, lo mejor de la panda y me pregunto cuán tristes y melancólicos se quedarán Trevín y Ponga, añorando «la suave luz de aquel rincón que

hizo latir mi corazón»... ¿Se escribirán o «faxearán» durante el curso político? ¿Evidenciarán que «la gente en la calle parece más buena y todo es diferente gracias al amor»? ¿Vendrán los madrileños a hacerles alguna visita para proseguir e incrementar una amistad tan especial? ¿Irán los asturianos a devolverles la cortesía a la capital del reino? ¿Se verán tal vez algún fin de semana a mitad de camino, por ejemplo en el Parador de Tordesillas? Sólo los grandes amores prevalecen a pesar de la distancia y, desde luego, los gestados durante el verano adquieren un marchamo de irrompibilidad que los hace eternos, al menos en la memoria, por más que la vida, a veces tan puñetera y torcida, des-

junte a los que el amor perpetuamente debió unir. ¿Dibujarán Trevín y Ponga sobre la arena «la imagen bella» de los dos ministros para, a continuación, gritar a lo Christophe ¡Aline!, osea ¡Julián!, ¡Alfredo! ¿Oirán una y otra vez aquella pegadiza canción que los acompañó en los paseos campestres o los tibios atardeceres? Son preguntas que me bullen en la cabeza, y no lo puedo remediar. Ya de adolescente, y debido a mi congénita timidez, era el encargado de poner discos en los guateques y, mientras los demás bailaban lento, haciendo diabluras para retirar los codos de sus parejas que como pétreas murallas impedían una más gozosa intimidad, yo hacía mil cábalas intentando presagiar sus posibles

noviazgos y la duración que éstos podrían tener, con arreglo a la personalidad que desde mi punto de vista emanaba de los danzantes. Ahora lo que hace falta es que el Delegado del Gobierno y el Presidente autonómico no se vengan abajo por la separación y acaben cantando aquello tan triston de Adamo: «Con ilusión castillos levanté. Los vi caer, perdí la fe...» ¿Animo, que el tiempo corre que es una barbaridad y el verano que viene seguro que vuelven! Y hombre, si debido a que el fuego del amor aún crepita con toda su intensidad, pudieran nuestros paisanos sacar alguna tajada, que ya va siendo hora, para Asturias, todos felices y a brindar, con un «sorbito de champán».

